

abren la puerta á los excesos mas licenciosos del fanatismo. Dice que el conde de Zinzendorf enseñó terminantemente, « que la ley, para el verdadero creyente, no es una regla de conducta; que la ley moral es solo para los judíos; que un regenerado no puede pecar contra la cruz. » Pero esta doctrina es muy diferente de la de Calvino. Cita, según este mismo sectario, máximas relativas á la vida conyugal, y expresiones que el pudor no nos permite copiar. El obispo de Gloucester acusa también á los *hermistas* de muchas abominaciones; dice que no merecen ser puestos en el número de las sectas cristianas, como ni tampoco los turlupinos ó *hermanos del espíritu libre* del siglo XIII, secta igualmente impía y libertina. *Hist. eccl. de Moshem, t. 6, p. 23, nota.*

Los que quieren disculpar á los hermanos moravos, responden que todas las acusaciones dictadas por el espíritu de partido y por el odio teológico, no prueban nada; que se han hecho no solo contra las antiguas sectas heréticas, sino también contra los judíos y contra los cristianos. Esta respuesta no nos parece sólida; los judíos y los primeros cristianos jamás enseñaron una moral tan escandalosa como la de los hermanos moravos y las demás sectas acusadas de libertinaje; y esto establece una gran diferencia.

Como quiera que sea, la secta fanática de los *hermistas*, formada en el seno del luteranismo, jamás le hará mucho honor.

Herodíanos. Secta de judíos de la cual se habla en el Evangelio de S. Mateo, xxii, 46; de S. Marcos, iii, 6; xn, 43. Antes de indagar lo que era esta secta, bueno será notar que en el nuevo Testamento se hace mención de tres diferentes príncipes, que llevaron todos el nombre de *Herodes*.

El primero fué Herodes Ascalonita, llamado el Grande, natural de la Idumea, y célebre por su crueldad. El es quien hizo reedificar el templo de Jerusalem; y noticioso del nacimiento del Salvador en Belen, mandó degollar á todos los inocentes. Murió roído de gusanos un año después del nacimiento de Jesucristo, según algunos historiadores, y dos ó tres, según otros.

El segundo fué Herodes Antipas, hijo del anterior: este es el que hizo cortar la cabeza á S. Juan Bautista, y á quien fué presentado Jesucristo en su pasión por orden de Pilatos. El emperador Calígula le desterró á Lyon con *Herodíadas*, donde murió reducido á la mayor miseria hacia el año 37 de Jesucristo.

El tercero fué Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo, y nieto de Herodes el Grande,

Por complacer á los judíos hizo matar á Santiago el Mayor, hermano de S. Juan, y prender á S. Pedro, que se libró de la cárcel por un milagro. *Act.*, xn. Fué herido por Dios en Cesarea, por haber admitido las adulaciones impías de los judíos, y murió de enfermedad pedicular ó comido de piojos el año 42 de Jesucristo. Tuvo por sucesor á su hijo Agripa II: ante este defendió su causa S. Pablo en Cesarea. *Act.*, xxv, 43. Fué el último rey de los judíos y testigo de la toma de Jerusalem por Tito.

Los comentaristas de la Escritura no están de acuerdo respecto á los *herodíanos*; Tertuliano, san Jerónimo y otros santos Padres la tienen por una secta de judíos, que tuvo por el Mesías á Herodes el Grande. Casaubon, Escaligero y otros piensan que era una cofradía que se instituyó en honor de Augusto, de Adriano y de Antonino: estas dos opiniones no son sólidas á los ojos de otros críticos. Jesucristo, dicen, llamó *fermento de Herodes* al sistema de estos sectarios: es preciso, pues, que este príncipe haya sido el autor de alguna opinión peligrosa que caracterizase á sus partidarios: ¿cuál podía ser esta opinión?

Por dos motivos desagradaba Herodes extraordinariamente á los judíos: el primero porque sujetó su nación al imperio de los romanos; el segundo, porque introdujo en la Judea muchas prácticas paganas por complacer á estos señores imperiosos. Jesucristo, lejos de reprender la obediencia á los romanos, dió de ella ejemplo y lecciones: es preciso, pues, que el *fermento de Herodes* sea el segundo artículo, esto es, la opinión en que estaban Herodes y sus partidarios, de que se pueden hacer actos de idolatría, cuando los manda una fuerza mayor. Herodes seguía efectivamente esta máxima, y Josefo nos enseña que, por adular á Augusto, hizo que se edificase un templo en honor de este príncipe, y que edificó otros varios para el uso de los paganos; que después se excusó con su nación, diciendo que estaba precisado á ceder á la necesidad de los tiempos. *Antigüedades judaicas, l. 14, c. 43.* Siempre están seguros de encontrar partidarios los príncipes menos religiosos.

Los saduceos, que no creían en la vida futura, probablemente adoptaron el *herodíatismo*, porque los mismos hombres á quienes se da el nombre de *herodíanos* en el c. 46 de S. Mateo, son llamados saduceos en el de S. Marcos, vii, 45. Esta secta desapareció después de la muerte del Salvador, y perdió su nombre cuando se dividieron los

estados de Herodes. *Disert. sobre las sectas judaicas en la Biblia de Arignon, l. 13, p. 218.*

Herustianos. Sectarios de Filman Herustio, ministro protestante que profesó el arrianismo y otros errores en el siglo XVI; es una de las ramas del socinianismo.

Hesicastas. Palabra que sale del griego *hesicas*, que quiere decir, *tranquilo, ocioso*: se llamaron también así los monjes griegos contemplativos, que á fuerza de meditaciones se los trastornó el entendimiento, y dieron en el fanatismo. Para procurarse éxtasis fijaban sus ojos en el ombligo, deteniendo la respiración, entonces creían ver una luz resplandeciente, y se persuadieron que esta luz era una emanación de la sustancia divina, una luz increada, la misma que vieron los apóstoles en el monte Tabor en el día de la transfiguración de Jesucristo.

Principió esta demencia en el siglo XI, y se renovó en el XIV, singularmente en Constantinopla: reunidos muchas disputas, ocasionó muchas reuniones de obispos, dió motivo á censuras, y á escribir muchas obras en pro y en contra. Los *hesicastas* tuvieron al principio por contrario al abad Barlaam, natural de la Calabria, monje de S. Basilio, y después obispo de Gieraci. Visitando los monasterios del monte Atos, condenó esta locura de los monjes, los trató de fanáticos, los llamó *masabianos, equívocos ó umbilicarios*, pero Gregorio Palamas, monje también y arzobispo de Tesalónica, tomó su defensa é hizo condenar á Barlaam en un concilio de Constantinopla en el año 1344.

Palamas sostenía, que Dios habita en una luz eterna, distinta de su esencia, que los apóstoles vieron esta luz sobre el monte Tabor, y que podía recibir una porción de ella cualquiera criatura. Halló un antagonista en otro monje llamado Gregorio Azindino, que decía, que los atributos, las propiedades y las operaciones de la divinidad no eran distintas de su esencia, y que por lo mismo una criatura no podía participar de ellas sin recibir toda la esencia divina; pero este fué condenado igualmente que Barlaam en un nuevo concilio de Constantinopla, año de 1351.

Los protestantes tomaron ocasión de lo absurdo de esta disputa para declamar contra los místicos en general, y contra la vida contemplativa; pero un acceso de demencia, que atacó á los monjes del monte Atos, solo prueba la debilidad de su cabeza. Bien puede uno habituarse á la meditación, sin que por eso pierda el juicio, como también puede ser loco el que nunca fué contemplativo.

Heterodoxos. Se llaman así las perso-

nas y los dogmas por contradicción á la palabra *ortodoxo*; es una voz formada del griego *orthos*, que quiere decir *otro*, y de *doxa*, *sentir, opinion*. Un escritor *heterodoxo* es aquel que sostiene y enseña una doctrina distinta de las verdades que Dios ha revelado. En una religion, cuyo autor es el mismo Dios, nadie puede separarse de la revelacion sin caer en el error. Pero la revelacion no llega á nosotros por sí misma, y sin algun medio exterior: Dios no nos revela las verdades que creemos inmediatamente, y por nosotros mismos. La dificultad está, pues, en saber por qué medio podemos ciertamente discernir que Dios ha revelado esta ó la otra doctrina, y esta es la cuestion que principalmente divide á los católicos y protestantes.

Estos dicen que el medio que Dios destinó para instruirlos de la revelacion es únicamente la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios; que todo aquel que cree en la Sagrada Escritura, cree todo lo que Dios ha revelado, y que por consiguiente no puede ser culpable de error, ni de *heterodoxia*.

Los católicos, al contrario, sostienen que la Sagrada Escritura no puede ser para todos los hombres el órgano de la revelacion. En efecto, este libro divino no sirve para los infieles, quienes no tienen de él ningun conocimiento: nada dice ni enseña á los que no saben leer; tampoco sirve para la instruccion de aquellos que por su limitada inteligencia no pueden conocer su verdadero sentido; antes bien puede ser para ellos ocasion de error. Aun cuando algun infiel hallase por casualidad una Biblia puesta en su idioma nativo, ¿cómo pudiera convencerse de que ella es la palabra de Dios, que todo lo que contiene este libro es la pura verdad, y que está obligado á creer en él? Si lo piensa así, porque se lo asegura un misionero, no lo cree por la palabra escrita, sino por el concepto que formó del misionero. Desde los apóstoles hasta nosotros no hay un solo ejemplo de un fiel convertido á la fe por la sencilla lectura de los libros sagrados. Tampoco san Pablo dice que la fe viene de la lectura sino del *oído*: *Fides ex auditu*. De donde inferen los católicos que el medio establecido por Dios para darnos á conocer las verdades reveladas, es la voz de la Iglesia, ó la doctrina constante y uniforme de los pastores revestidos de una mision divina, auténtica é indisputable. Tal es en efecto el medio con que Dios ilustró y convirtió á las naciones infieles que abrazaron el cristianismo. De aqui se infiere también que todo dogma contrario á lo que cree y en-

seña la Iglesia es una opinión *heterodoxa* y un verdadero error; y el hombre que lo cree y lo sostiene es criminal, y está fuera del camino de la salvación. V. ESCRITURA SAGRADA, IGLESIA, REGLA DE FE, etc.

Heterousianos. Secta de arrianos, discípulos de Aecio, por cuyo motivo se llamaron también *aecianos*, quienes sostenían que el Hijo de Dios es de una *sustancia distinta* de la del Padre; y ésta es la significación de la palabra *heterousianos*. Por la razón contraria estos herejes llamaban á los católicos *homousianos*. V. ARIANOS.

Hexamerón. Quiere decir *seis días*. Llevan este nombre las obras de los SS. PP. que tratan de los seis días de la creación, cuyo objeto se reduce á explicar los primeros capítulos del Génesis. S. Basilio, S. Ambrosio, Filópono y otros escribieron su *hexamerón*. Estos libros tienen el mismo objeto que el de Lactancio, de *Opificio Dei*, y el de Teodoro sobre la Providencia.

Estos PP. trataron de resolver los argumentos que ponían los marcionitas y maniqueos sobre los defectos y miserias de las criaturas, y de demostrar la sabiduría de Dios en la estructura y orden del universo. En el día los ateos y materialistas renuevan las mismas dificultades, y nosotros les damos las mismas respuestas que dieron los SS. PP. Leyendo las obras de estos venerables autores, vemos que en materias de física é historia natural tenían unos conocimientos mas extensos que lo que comunmente se cree: habian leído los antiguos filósofos, añadiendo sus propias observaciones; pero no trataban de hacer ostentacion de estos conocimientos, ni dieron en la mania de los sistemas; defectos que con justicia podemos apropiarnos á los filósofos antiguos y modernos.

Hexaplas. Obra de Orígenes en seis columnas por página, en la cual este laborioso escritor colocó paralelo el texto del antiguo Testamento en lengua hebrea ó en caracteres de esta lengua, en caracteres griegos, y las cuatro versiones griegas del mismo texto que entonces existían, á saber, la de Aguilá, la de Simmaco, la de Teodocion y la de los Setenta. Despues salieron otras dos: una en Jericó en el año de 217 de Jesucristo; otra en Nicópolis sobre el cabo de Accium en Egipto, hacia el año 228. Orígenes añadió tambien estas á sus *Hexaplas* en otras dos columnas, formando por este medio sus *Octaplas*; pero continuó llamándolas *Hexaplas*, porque no fijaba su atención sino en las seis versiones, comparándolas con el texto.

Con motivo de haber tenido frecuentes dis-

putas con los judíos en Egipto y en la Palestina, habia observado que no admitían los pasajes que les citaba de los Setenta, y que apelaban siempre al texto hebreo: por esta razón trató de reunir todas las versiones, dándoles la correspondencia con el texto, frase por frase, para que se pudiese ver de una ojeada si eran fieles ó defectuosas. Tal fué el gérmen ó primer modelo de las Biblias políglotas, cuyo uso es tan útil para inteligencia de la Sagrada Escritura. El modo con que Orígenes verificó este trabajo, demuestra que no tuvo necesidad de regla ni de modelo para ejercer la crítica mas exacta y mas juiciosa.

Esta obra tan célebre é importante, que cubrió á su autor de una gloria inmortal, pereció por desgracia; pero algunos autores nos han conservado muchos trozos, singularmente S. Juan Crisóstomo sobre los *Salmos*, y Filópono en su *Hexamerón*. Algunos modernos tuvieron curiosidad de reunir estos fragmentos en una coleccion: así lo hicieron Brusio y el P. Montfaucon; este último los publicó en dos volúmenes en folio. Como esta coleccion era muy voluminosa y de un precio muy excesivo para los particulares, atendiendo Orígenes á estas razones compuso su *Tetráplax*, en que puso solamente las cuatro versiones griegas de Aguilá, Simmaco, Teodocion y los Setenta, omitiendo el texto hebreo.

No faltan sabios que digan que las *Tetráplax* fueron compuestas antes de las *Hexáplax*; pero esta discusion de crítica no es muy importante.

Finalmente, para reducir su trabajo al menor volumen posible, publicó Orígenes la version de los Setenta con suplementos tomados de la de Teodocion en los pasajes que los Setenta no traducen exactamente del texto hebreo, y anotó estos suplementos con estrellas ó *asteriscos*. Designó tambien con una señal los lugares en que los Setenta contenian alguna cosa que no estaba en el original hebreo. De este modo de una sola ojeada se percibia lo que contienen de mas ó de menos los Setenta que el ejemplar hebreo. Los copiantes descuidaron despues de marcar con exactitud los asteriscos y llamadas, y esto es lo que hace que nosotros no tengamos la version de los Setenta en toda su pureza primitiva.

Es ciertamente bien sensible la pérdida del inmenso trabajo de Orígenes, porque arrastra consigo la de las antiguas versiones griegas, de las cuales solo nos queda la de los Setenta. Pero se nos ha indemnizado con las Biblias políglotas, en las cuales se junta al texto hebreo con las parafrasis caldeas, la version de

los Setenta, la Siriaea, la Arábiga, etc. Véase *Polioglota*; S. Epifanio, *De ponderib. et mensuris*, § 49; las *Notas del P. Pelaxio sobre este lugar*, p. 404; R. Simon, *Hist. critica del antiguo Testamento*; Dupin, *Bibliot. de los autores eclesiást.*; Fleury, *Hist.*, l. 6, n. 11; Fabricy, *De los primeros titulos de la revelacion*, t. 2, p. 7, etc.

Hieromitas. Antiguos ministros de la Iglesia griega, encargados de hacer la bendición y aspersión con el agua bendita: su nombre viene de la palabra griega *hieros*, que significa *agua*. La antigüedad de este oficio entre los griegos prueba que el uso del agua bendita no es una práctica recientemente inventada en la Iglesia latina, como pretenden los protestantes. V. AGUA BENDITA.

Hidroparastas. V. ENCRITITAS.

Hieracitas. Herejes del siglo III, que tuvieron por jefe á Hierax ó Hieracas, médico de profesion, natural de Leoncio ó Leontópolis en Egipto. S. Epifanio, que refiere y refuta sus errores, conviene en que era de una ejemplar austeridad de costumbres, muy versado en las ciencias de los griegos y egipcios, que habia trabajado mucho sobre la Sagrada Escritura, y que era dotado de una elocuencia dulce y persuasiva: no es extraño que con tan distinguidos talentos hubiese atraído á sus errores un gran número de monjes egipcios: vivió y siguió escribiendo hasta la edad de noventa años.

Beausobre prueba con bastante solidez que Hierax era de los discípulos de Manés, que se dedicaba á explicar ó paliar sus errores, y abandonaban los que les parecían mas groseros. *Hist. del Maniq.*, l. 2, c. 6, § 2. Al contrario, Mosheim piensa que este hereziarca nada tomó de Manés, porque enseñaba muchas cosas en que este ni aun habia soñado. *Hist. ecles.*, siglo III, 2.ª parte, c. 8, § 11; *Hist. crist.*, siglo III, § 96. Pero esta razón no parece bastante para destruir los testimonios antiguos que cita Beausobre: ningún hereje se creia obligado á seguir con exactitud las opiniones de su maestro.

De cualquier modo S. Epifanio, *Her.* 67, nos enseña que Hierax negaba la resurreccion de la carne, y que solamente admitia la resurreccion espiritual de las almas; que condenaba el matrimonio como un estado de imperfeccion que Dios habia permitido en el antiguo Testamento; pero que Jesucristo habia venido á reformarle por el Evangelio: por consiguiente no recibia en su sociedad sino célibes y monjes, y del otro sexo viudas y doncellas. Decía que los niños que mueren antes del uso de la razón no van al cielo, porque no

merecen con obras buenas la felicidad eterna. Confesaba que el Hijo de Dios fué engendrado por el Eterno Padre, y que el Espíritu Santo procedía del Padre como el Hijo; pero dió en el desatino de que Melquisedech era el Espíritu Santo revestido de un cuerpo humano. Usaba mucho de un libro apócrifo, titulado *La Asension de Isaías*, y pervirtió el sentido de la Sagrada Escritura con ficciones y alegorías. Es de presumir que se privaba del vino, carne y otros alimentos, no solo por mortificación, sino tambien por una especie de horror supersticioso, porque S. Epifanio le refuta citándole á S. Pablo, que dice que toda criatura de Dios es buena, en cuanto está santificada por la palabra de Dios y por la oración.

Beausobre, fundado en el testimonio de un antiguo, añade que Hierax no creia que Jesucristo hubiese tenido verdadero cuerpo humano, y que admitía tres principios de todas las cosas, Dios, el mal y la materia. S. Epifanio observa, que este hereje habia compuesto comentarios sobre el antiguo y nuevo Testamento, y en particular sobre la historia de la creación en seis días; pero que esta obra estaba llena de fábulas y de vanas alegorías. Para justificarle, dice Beausobre, que sin duda era del mismo sentir que muchos santos PP. sobre la historia de la creación, que ésta y la tentacion no debían explicarse literalmente. Quisiéramos saber quiénes son los PP. que pensaron de este modo: nosotros no conocemos ninguno sino á Orígenes, que convirtió en alegoría la historia del paraíso terrestre; pero fué condenado en este punto por los otros PP. Véase el *Prefacio de los editores de la Biblia* al principio del t. 2. Con mucha mas razón era permitido condenar á Hierax por haber llevado mas allá la temeridad que Orígenes.

Este mismo critico se empeña en que la vida austera de Hierax basta para justificar á Manés y á sus sectarios de las profanaciones y misterios abominables que se les atribuyen. Tan lejos está de eso, que los PP. que acusaron á los maniqueos de cometer acciones infames, nunca dijeron que todos las cometían: la inocencia, pues, de uno solo no basta para probar la de todos los demás.

Buen cuidado tuvo Basnage de observar que Hierax no fué condenado por su obispo, porque se toleraban en Egipto los errores de Orígenes. Pero ¿que conexión habia entre los errores de Orígenes y los de los maniqueos que eran los que sostenían los *hieracitas*? Puede suceder que estos herejes hubiesen simulado sus errores, formando solamente

entre sí una sociedad clandestina que no hiciese ruido, y de la cual el obispo de Alejandría no tuviese noticia alguna.

Muchos críticos imaginaron que la aversión al matrimonio, á las riquezas y á los placeres sociales, y el aprecio á la virginidad y al celibato, caracteres con que se distinguieron las primeras sectas del cristianismo, provenían de que todos estaban persuadidos de que el mundo iba bien pronto á acabarse; otros dijeron, que estas ideas eran tomadas de la filosofía de los orientales, de la de Pitágoras y de la de Platon. Pero nosotros no vemos en ellos ningun vestigio de estas dos pretendidas causas. S. Epifanio nos asegura que Hierax fundaba sus errores en el abuso de algunos pasajes de la Sagrada Escritura: los aleja este santo doctor, y refuta el sentido que les daba aquel herejesarca: no tratamos ahora de preocupaciones filosóficas ni del fin del mundo.

Higuera. La maldición que Jesucristo echó á una *higuera* estéril ha dado lugar á interpretaciones. Dicese que se aproximó á una *higuera* para ver si había en ella frutos, pero que no encontró sino hojas; porque, dice el Evangelista, no era entonces la estación de los *higos*; Jesús maldijo la *higuera*, que se secó al momento. *Marc.*, xi, 13. Este suceso tuvo lugar cuatro ó cinco dias antes de la Pascua, ó antes del día 14 de la luna de marzo, tiempo en que los *higos* aun no están maduros en la Palestina. Se pregunta ¿por qué Jesucristo iba á buscar fruta en esta época, y por qué maldijo el árbol que no la tenía, como si fuese por culpa suya?

Hammond, R. Simon, Le Clerc y otros traducen: porque aquel no era año de *higos*, pero violentan el texto y no satisfacen á la dificultad; la esterilidad de aquel año no era una razón para maldicir la *higuera*. Heinsio, Gaterker y algunos otros pretenden que debe leerse: porque donde él estaba, este era el tiempo de los *higos*; se les objeta que cambian la puntuación y los acentos del texto sin necesidad, y contra la verdad del hecho, puesto que es constante que antes del día 14 de la luna de marzo los *higos* no están maduros en la Palestina, no estándolo hasta el mes de agosto y setiembre.

Tofrasto, *Historia de las plantas*, lib. 4, c. 2; Plinio, lib. 13, c. 8; lib. 14, c. 18, y los viajeros modernos hablan de una especie de *higueras* siempre verdes y siempre cargadas de frutos, unos maduros, otros verdes y otros en flor, y se hallan de esta especie en la Judea. Jesucristo quiso ver si la *higuera* cargada de hojas que se encontró en el camino

llevaba frutos tempranos: esto es lo que S. Mateo hizo entender, diciendo: *No era entonces el tiempo de los higos*, es decir, de los *higos* comunes.

Por otra parte, largo tiempo antes de la estación de madurez de los frutos una *higuera* debia tener frutos nacientes, puesto que brotan al principio de la primavera; Jesucristo nada de esto halló en el árbol que visitó: concluyó que era un árbol estéril, le hizo secar, no para castigarle, sino para sacar de esto la instrucción que el día inmediato dió á los apóstoles, sobre este objeto; *Marc.*, xi, 22. No hay, pues, allí cosa alguna que censurar ni en la narración del Evangelista ni en el milagro hecho por Jesucristo: no se necesita recurrir á un tipo ni á una figura para justificarle.

Hijo, hija. Segun el estilo de la Sagrada Escritura, así como en el lenguaje comun, puede indicar la significación de esa palabra relaciones de sangre, ó bien de alianza ó adopción establecida por las leyes, ó bien de afecto, y se conocerá, por la naturaleza del asunto de que se trata, en cual de estos tres sentidos deban tomarse las palabras hijo, hija, niño. Pero el sentido en que toman á veces estas palabras nuestras versiones, debe parecer muy extraño á los que no entienden el texto original.

Causa admiración ver llamar á los malvados ó impíos *hijos* de maldad, de iniquidad, de impiedad, de cólera, de maldición, de muerte, de perdición, de condenación; á los valientes, *hijos de fuerza*; á los hombres ilustrados, *hijos de luz*; á los ignorantes, *hijos de la noche* ó *de las tinieblas*; á los pacíficos, *hijos de la paz*; á uno que esté en rehenes, *hijo de promesas* ó *de caución*. Fácil es concebir que los hijos de Oriente, de Tiro, de Egipto, de Sion, del reino, son los orientales, los sirios, los egipcios, los habitantes de Jerusalen, los del reino; pero que los hebreos hayan llamado á un terreno fértil, *hijo del aceite* ó *de la grasa*; á una flecha, *hija de la aljaba*; á la pupila, *hija del ojo*; á las orcajas, *hijas del canto* ó *de la armonía*; á un oráculo, *hijo de la voz*; á un buque, *hijo del mar*; á la puerta de una ciudad, *hija de la muchedumbre*; á las estrellas del Norte, *hijas de la estrella polar*; parece muy extravagante, no siendo menos el llamar á un viejo centenario, *niño de cien años*; á un rey que ha reinado dos años, *hijo de dos años de reinado*, y que los rabinos llamen *hijo de cuatro letras* al nombre *Jehovah*, compuesto de cuatro caracteres.

Los críticos mas entendidos dicen que son

hebraísmos ó modos de hablar propios y peculiares del idioma hebreo. *Glasi philolog. sacra*, col. 659 y sig. Si esto es cierto, este lenguaje no se parecía al de ningun otro pueblo. Pero si nos remontásemos al sentido primitivo y original de las voces, tal vez veriamos que la mayor parte de esas expresiones provienen mas bien de la lengua á que se han vertido.

Es indudable que las palabras *ben, bar, bath*, sílabas radicales y primitivas, tienen en hebreo un sentido mas extenso y general que en nuestra lengua *hijo, hija, niño*: estas no suelen decirse sino de personas, mas en hebreo se emplean para todo genero de produccion. Así es que significan nacido, nativo, discípulo, ahijado, lo que sale, lo que proviene, producto, resultado, vástago. Designan tambien lo que depende del tronco de donde ha brotado, de la familia de que ha nacido, del maestro que ha educado; por consiguiente, discípulo, imitador, sectario, partidario, adicto, etc. Y el nombre *padre* tiene otros tantos sentidos relativos á estos. *Véase Padre*.

Esto supuesto, ninguna extravagancia hay en decir que un terreno fértil es *alimentado* por la grasa de la tierra, que las estrellas del Norte pertenecen á la polar, como unas hijas á su madre. Se dice sin metáfora que los malos y los impíos son *discipulos, partidarios, imitadores* de la iniquidad ó impiedad; que están *consagrados* á la muerte; que han nacido para la condenacion, etc. En el mismo sentido llamamos *hijo mimado* á un hombre mal educado, ó demasiado favorecido por la fortuna; decimos que fulano es *hijo* de su padre, cuando se le parece; que una jóven es *hija* de su madre, cuando tiene el mismo carácter. Los hijos de la luz ó de las tinieblas son los que han nacido, como decimos *hijo de la milicia* al que ha nacido de padres militares, y *niño de coro* al que canta en él.

Tambien decimos nosotros *hijo por nativo, hijo de Madrid, hijo de la casa de un grande, hijo de familia*, así como decian los hebreos *hijos de Oriente, de Tiro, de Egipto*; y llamamos á nuestros príncipes *infantes*, que viene á ser lo mismo.

Puesto que *ben* significa en hebreo en general todo lo que viene, lo que sale, ha podido decirse muy naturalmente que Abraham, casi centenario, estaba *saliendo* de sus noventa y nueve años; que Saúl habia salido del segundo año de su reinado; que la puerta de una ciudad es la *salida* de la muchedumbre; que un oráculo es la *produccion* de una voz;

que el que está en rehenes *proviene* de una promesa ó de un tratado; que un navio parece salir del mar como si en él hubiera nacido; que *Jehovah* es el producto de cuatro letras. Todos estos términos son mas generales que el de *hijo* ó *de niño*.

Por un simple cambio de puntuacion, *ben ó bin* es una preposición que significa en ó entre; cuando se toma como nombre, designa lo interior, la entrada; así, para traducir exactamente, debemos llamar á la pupila, no la hija, sino el interior del ojo; al oido la entrada ó el canal del canto y de la armonía, pues no se trata aqui de relacion de padre á hijo, ó de causa á efecto. Lo extravagante de la puntuacion de los masoretas, la falta de voces que corresponden exactamente á las palabras hebreas, falta que ha sido observada por el traductor griego del Eclesiastés, no prueban nada contra la exactitud de las expresiones de un autor sagrado.

Estas reflexiones nos parecen importantes, sea para facilitar el estudio del hebreo, sea para refutar á los incrédulos, que tratan de persuadir que es una lengua no parecida á ninguna otra, y que puede hacerse decir todo lo que se quiera, sea para demostrar que la ciencia etimológica no es frivola, ni inútil, cuando se la sujeta á principios ciertos y á un método regular. V. HEBRAÍSMO.

HIJO DE DIOS. Expresion frecuente en la Sagrada Escritura, cuyos diversos sentidos importa distinguir.

1.º Designa á veces á los adoradores del verdadero Dios, á los que le sirven, le respetan y aman como á su padre, á los que Dios adopta y quiere como á sus hijos, á los que colma de beneficios, á los que ha revestido con un carácter particular, y están especialmente consagrados á su culto. En este sentido, los ángeles, los santos y los justos del antiguo Testamento, los jueces, los sacerdotes, los cristianos en general, son llamados *hijos de Dios*.

2.º Adán se llama *hijo de Dios*, *qui fuit Dei*, porque recibió inmediatamente de Dios la existencia y la vida, y por su poder Dios habia suplido á las vias ordinarias de la generacion. Algunos herejes, y en particular un tal Teodoto, de que ha hablado Tertuliano, *l. de Præscript.*, *sub fin.*, han pretendido que Jesucristo solo era *hijo de Dios* en este sentido.

3.º Otros, como los socinianos y sus partidarios, dicen que, en el estilo de los autores sagrados, *hijo de Dios* significa simplemente *Mesías* ó enviado de Dios, y que tal es el sentido en que se ha dado este nombre á Jesu-